# HOGARES RESPONSABLES

EDITORIAL

Las últimas encuestas, las cifras del censo y repetidos sondeos realizados en nuestros medios urbanos y rurales sensibilizan la aguda crisis familiar que sufre nuestra sociedad. Crisis de responsabilidad familiar, y más concretamente de responsabilidad paterna.

Son matrimonio y familia dos de las instituciones fundamentales más violentamente sacudidas por el vendaval de los hechos y de las ideas en la actual sociedad. No sin razón, pues, el Concilio Vaticano II los clasifica en primer lugar al enumerar los problemas más graves del mundo de hoy.

La Iglesia, que ha querido destacar de manera singular la importancia y grandeza del matrimonio y de la familia y con encendido lirismo llama a ésta "escuela del más rico humanismo", "fundamento de la sociedad", "fuente educadora de la cultura", "campo principalísimo del apostolado y centro educador del apostolado seglar", "fuente del pueblo de Dios", "Iglesia doméstica", no desconoce, con todo, que los principales enemigos de ella están dentro de su propia cerca.

Y tal vez el mayor es la ausencia de responsabilidad dentro del propio hogar en padres y esposos.

"En este oficio de transmitir la vida humana y educarla, que han de considerar los esposos como misión propia... cumplirán su deber con **responsabilidad humana y cristiana...** tratarán de formarse un recto juicio, mirando no sólo a su propio bien, sino al bien de sus hijos, nacidos o posibles..." (Iglesia en el Mundo n. 50).

Los esposos deben cumplir su deber de procrear con sentido "generoso, humano y cristiano de su responsabilidad". Debe haber una "transmisión responsable de la vida", los hijos deben ser educados en tal forma que "lleguen a la edad adulta con pleno sentido de su responsabilidad".

## PRESENCIA DE LOS PADRES EN EL HOGAR

Es el matrimonio el cumplimiento de una vocación compartida. Una responsabilidad mutua. Un mirar juntos hacia una misma dirección, un caminar juntos hacia una misma esperanza. Un diálogo que se entrelaza a través de la complejidad de la vida y cuyo fruto mejor son los hijos.

Respecto a éstos, nace en la pareja una responsabilidad particular que los hermana entrañablemente en un campo de intereses mutuos que rebasan el egoísmo de ambos. Entre los anchos límites de esta mutua responsabilidad está el deber capital de asegurar a sus hijos ese fondo de valores materiales y morales que garantizarán su normal desarrollo dentro de la familia, la sociedad civil y la Iglesia.

Esto lo ha sintetizado bellamente el Concilio: "La familia es la escuela del mejor humanismo. Pero para que pueda alcanzar la plenitud de su vida y misión son necesarias la benévola comunicación espiritual, el consejo común de los esposos y **una cuidadosa cooperación de los padres en la educación de los hijos. La presencia activa del padre** es de enorme trascen-

dencia para su formación; pero también **debe asegurarse el cuidado de la madre** en el hogar, del que tienen necesidad principalmente los hijos más pequeños, sin dejar, por eso, a un lado la legítima promoción social de la mujer". (Iglesia en el Mundo, n. 52).

Esta falta de presencia activa del padre y de la madre en el hogar, junto a los hijos, es el drama sangrante de nuestras clases populares, especialmente de las que llamamos marginadas. Y sus desastrosas consecuencias inciden en esa masa de 150 mil niños ilegítimos que nacen cada año en nuestro país y particularmente en esos 30 mil que ven la luz del día en total desamparo paterno.

Pero no queremos hacer ahora hincapié en este gravísimo problema nacional, sino detenernos brevemente en el panorama de nuestras clases medias.

¿Qué podríamos decir honradamente de **su presencia activa** en el hogar de muchísimos, tal vez los más, de nuestros profesionales, empleados...? ¿No son unos desconocidos para sus hijos, particularmente en su adolescencia, cuando su presencia es más necesaria? ¿Cuántos de ellos han sabido ser guías inteligentes y comprensivos de sus hijos en la hora difícil de la bifurcación de los caminos?

Hay excepciones, y cada vez más abundantes, debido principalmente a un cristianismo más vital que sabe ir al fondo de los problemas con sana libertad y luminosa audacia, atravesando la capa de los prejuicios y de ciertas pautas de un cristianismo de apariencia.

La falta de presencia activa de la madre en el hogar es más alarmante aún. Es fácil sobrepasarse en un juicio excesivo y con el Concilio coincidimos en que no se puede marginar la promoción social de la mujer, ni ignoramos que, tristemente demasiadas veces, sin el trabajo de la mujer el presupuesto familiar estaría por debajo de las necesidades domésticas.

## ALGUNOS DATOS ELOCUENTES

Como exponente de la situación venezolana, copiamos los datos correspondientes al Distrito Federal. La población activa femenina pasó de 40.715 (1941) a 74.604 (1950) y a 119.827 (1961).

Estas cifras que pudieran ser una expresión del legítimo afán de promoción y superación, no pueden ser interpretadas tan simplemente cuando sabemos que la mayor parte de este aumento se produce precisamente en la edad conprendida entre los 20 y 44 años, de mayor responsabilidad materna porque los hijos se encuentran en la niñez o la adolescencia. Si en 1950 eran 147.119 las mujeres comprendidas en esa edad, de las cuales 47.401 trabajaban —un 32,2%— en 1961 de las 227.937 existentes en el Distrito Federal son 83.103 las que trabajan con lo que la proporción ha subido al 36,4%.

La inseguridad de la mujer en la vida moderna y la elevada proporción de casos de desajuste matrimonial y de divorcio acrecientan el número de mujeres, madres en nuestro caso, ausentes, por trabajo o estudios, del hogar. No queremos recriminar tampoco el anhelo, muchas veces legítimo, de la mujer, de cierta autonomía económica respecto a su esposo, medio razonable de personalizarse.

De los 16.638 alumnos que, según la Oficina de estadística de la UCV, cursaban el año lectivo 1963-1964, **5.648** eran mujeres, y de ellas **638** casadas. Abundan también las madres jóvenes en las demás universidades en proporciones similares a las de la Universidad Central.

Sería peligroso generalizar en problemas tan complejos, pero no podemos menos de lamentar las tristes consecuencias para la educación de los hijos de estas ausencias casi permanentes de los padres. Consecuencias fatales también para la sociedad, ya saturada de seres desarraigados.

En estas circunstancias, ¿podrán los hijos, como lo inculca el Concilio, ser educados de tal forma que lleguen a la edad adulta con pleno sentido de su responsabilidad?

Que estas líneas sirvan de puntos de reflexión a los esposos cristianos y de pobre preámbulo al Encuentro Latinoamericano del Movimiento Familiar Cristiano que se celebrará en Caracas el próximo septiembre; esperamos sea punto de partida fecundo de esa revitalización, tan necesitada por nuestra familia en crisis.

J. M. G.